

Notas para un paralelo: Rodríguez del Padrón-Macías

F. SERRANO PUENTE *

Martínez-Barbeito ¹, siguiendo a Rennert, fija la cronología de Macías o Namorado entre los años 1340-1370. Si aceptamos estas fechas —que parecen las más probables—, cuando Juan Rodríguez del Padrón escribe el *Siervo Libre de Amor* (1439-1440) se está cumpliendo el siglo del nacimiento del caballero del amor. Y ya, en tan corto tiempo, la leyenda, aunada con la fantasía épica, habían hecho de Macías un mito. Los distintos autores se esforzaban por fijar la verdadera personalidad de Macías; pero sólo concordaban en que lo mató con una lanza el esposo de su amada. ¿Dónde?: ¿en una celda de la cárcel?; ¿en el camino besando la huella de la amada?

Lanza, cárcel, amada... son ya elementos literarios y, lo más seguro, originados por la misma literatura. Me parece justo admitir que la poesía:

«Quen en carcel sole beuir
en carcel deseia morrer»

y otras, del vate padronés, forjaron su propia biografía ². Lo que en el presente estudio me interesa no es su vida «real» sino tal como la creían los hombres del XV. Para éstos, Macías es el hombre íntegro: perfecto amador y perfecto caballero. El mártir del amor. El ideal hacia el cual debe todo hombre dirigirse si quiere ser de los elegidos en cuanto que éstos lo son por medio del amor ³. Macías, en cuanto amador y en cuanto caballero, funde en su persona de una manera total los dos mundos: dos mundos, que se tambalean —presienten su ocaso— en el siglo XV. A esta

* Departamento de Literatura. Colegio Universitario de Logroño.

1. MARTÍNEZ-BARBEITO, CARLOS, *Macías el enamorado y Juan Rodríguez del Padrón*. Estudio y antología. Santiago de Compostela, 1951, p. 21.

2. *Ibidem*, pp. 28-30.

3. HUIZINGA, JOHAN, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1967, p. 180.

figura se agarra Rodríguez del Padrón, no para desplazarse en ella al siglo anterior sino para encarnarse en ella en pleno siglo XV y, a través de ella, expresarnos su padecer amoroso. El Enamorado transita por toda la obra de Rodríguez del Padrón.

De sus canciones son estos versos:

«Solo por uer a Maçías
e de amor me partir,
yo me querría morir,
con tanto que resurgir
pudiese dende a tres dias»⁴.

Cierto que en los presentes versos —tal como afirma M.^a Rosa Lida⁵— juega con la hipérbole sacroprofana (Resurrección de Cristo), pero me parece que hay un verso profundamente sentido: «e de amor me partir». A veces jugamos con aquello que más anhelamos, que más queremos, y me parece que *morir por amor* era realmente una aspiración para Rodríguez del Padrón. En el *Cabo a los Siete gozos de Amor*, ya sin ninguna ironía, muestra más claramente su simpatía por la figura de Maçías:

«Si te plaze que mis dias
yo fenezca mal logrado
tan en breue,
plegate que con Maçías
ser merezca sepultado;
y decir deue
do la sepultura sea;
una tierra los crió,
una muerte los leuó,
una gloria los posea»⁶.

Y cuando en *Cadira de Honor* protesta porque un poeta corone a otro, surgirá de nuevo Maçías como el poeta eminentemente digno de ser coronado. Aunque la cita es larga, creo que merece la pena transcribirla:

«Manifiesto es que un estrenuo o valiente mançebo que por su fortaleza çien trançes aya combatido, e mill castillos fuertes por fuerça aya entrado, e no menos batallas vençido, avnque los fechos tenga de muy glorioso e estrenuo cavallero, e meresçedor sea mas que algúnd otro del onor de la cavalleria, sy no es ca-

4. RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA (O DEL PADRÓN), JUAN, *Obras*, ed. de Paz y Meliá, Bibliófilos Españoles, Madrid, 1884, p. 26.

5. LIDA, MARÍA ROSA, *Juan Rodríguez del Padrón: vida y obras*, en NRFH, VI, 4, 1952, p. 317.

6. RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA, op. cit., p. 13.

vallero, no goza de los preuilejos e libertades cavallerosas, fasta que por algund otro que pueda la orden resciba. E asy de vn poeta avnque a Omero e a Prelubio Maro pase eloquencia, non traera la aureola fasta que por el prinçipe a quien pertenesçe dar laurel o yedra, segund fueron los antiguos, o Petrarcha en nuestra hedad, sea laureado. Onde no poco ofender la magestad del prinçipe algunos poetas vulgares, que de su propia abtoridad a otros coronan. E por verdad dezir, solo temor de errar por modo semejable, retraer me fizo de laurear, segund mi proposito era, al varon constante, generoso, bien ensennado Maçías de loable e piadosa recordaçión; ningund otro seyendo en nuestros dias meresçer las frondas de Danne»⁷.

Rodríguez del Padrón conocía muy bien el episodio de la coronación de Petrarca en el Capitolio romano ante el rey Roberto, leyendo el poeta, como parte del examen, el episodio de Magon del poema épico *L'Africa*, que por aquel tiempo estaba componiendo. Por lo tanto la oposición que muestra el escritor padronés, en el párrafo anterior, a la *Coronación* de Mena no puede interpretarse como signo de medievalismo, tal como hace M.^a Rosa Lida⁸, sino de aristocratismo, pues Rodríguez del Padrón jamás llegó a comprender la intención humanista y nacionalista que Petrarca daba a tal acto.

Pero la verdadera exaltación de Macías —a mi modo de ver— está precisamente en el *Siervo Libre de Amor*. Si se prescinde de la figura de Macías, esta obra es prácticamente inexplicable. La interconexión Rodríguez del Padrón-Macías es total y permanente. El de la Cámara, fracasado en sus palaciegas relaciones amorosas, desea elevarse al mundo, por literario no menos real, de Macías: perfecto amador y símbolo de la valoración del amor. Comienza narrándonos por medio de alegorías y símbolos más o menos oscuros —siguiendo las reglas del amor cortés— su enamoramiento y padecer amoroso para llegar al mundo caballeresco de la *Estoria de dos amadores*. La narración avanza vertiginosamente por medio de hipérbolos para remansarse un poco, ya al final, antes de aparecer Macías. Toda la fabulación parece estar concebida para presentarnos la prueba de los conquistadores y leales amadores. Ardanlier y Liessa, Yrena y, finalmente, Lamidoras, parecen deber su existencia literaria al hecho de que Rodríguez de Padrón necesitaba tres tumbas en su «palacio soterrado» que constituyeran otras tantas, y gradualmente difíciles, pruebas a los leales amadores:

7. *Ibidem*, pp. 138-139.

8. LIDA, MARÍA ROSA, *op. cit.*, p. 316.

«... el palacio fue encantado e ninguno pasava al primer aloje, donde era el sepulcro de Lamidoras, syn ser conquistador y leal amador; e no sin menos afán al segundo albergue, donde era la tumba muy alta de la muy generosa Yrena. E convenía al aventurero ser fuerte y leal en el primer grado, e tocar al segundo por comparativo, e dende al terçero por superlativo, al cual otorgava el fyrme padrón, guarda mayor de las dos sepulturas, donde eran sepultados los muy mas leales [Ardanlier y Liessa]»⁹.

Con esta preparación culmina la tensión de la obra. Ya está establecida la prueba y puede venir Macías a vencer. Pero antes del mártir de amor, y para encarecer más su figura, aparecerán realizando un esfuerzo inútil «grandes príncipes africanos, de Asya y Europa, reyes, duques, condes, caualleros, marqueses, y gentiles omnes; lyndas damas de levante y poniente, meridion setentryon»; ellos intentando alcanzar gloria «de gentileza, fortaleza y lealtat» y ellas de «fe, lealtat, gentileza y grand fermosura». Ahora sí que todo está preparado para que aparezca el buen caballero:

«Maçías, gadisan del águila, naçido en las faldas desa agra montaña, por su *grand gentileza, lealtat, destreza y grand fortaleza*, viniendo en conquista del primer aloje, dyo franco paso al segundo albergue, despues de los grandes peligros, contrastes, reuseses, pauores, afanes que el buen gadisan, gridando Bulcan, sufría por tocar al Padrón, entrando el carçel, ceso el encanto y la secreta cámara fué conquistada»¹⁰.

Creo que no se puede hacer mayor exaltación en un ambiente cortesano que la hecha aquí de Macías. El, por sus cualidades, logra aquello en lo que fracasaron desde los príncipes a los gentiles hombres. Por eso no puede extrañarnos que el Rey le haga «perpetua merced con el seguro puerto de Morgadan». El párrafo final de la *Estoria* es, a mi modo de ver, de trascendental importancia. Después de hacer inventario de lo que posee y rodea a la «secreta cámara» continúa:

«de la qual, en señal de vitoria, el buen gadisan tomo nombra dia, y todos aquellos que dél descendieron de los quales yo, siendo el menor, rico del nombre de ser de los buenos, [h]e solo heredado en su lealtat»¹¹.

El autor ya ha logrado su propósito: entroncar su línea genealógica con la de Macías. Ha alcanzado el supremo anhelo de ser *de los buenos*,

9. RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA, op. cit., p. 71

10. Ibídem, p. 72.

11. Ibídem, p. 74.

pues tiene su origen en la familia más afortunada del Medievo: aquella a la que pertenece Macías, el más perfecto amador. Pero hemos de observar que de todas las cualidades que adornaban a Macías: «*grand gentileza, lealtat, destreza y grand fortaleza*», el autor sólo se considera heredero de una: la *lealtat*. Es ésta quizás, la virtud más importante en el mundo cortesano donde todo gira sobre el *leal* amador. Si los amantes habían de mantenerse distantes y relacionarse a través de una leyes bien definidas, no cabe duda que la *lealtad* era una virtud primordial en el buen amador cortesano. Y, precisamente, es ésta la que hereda Rodríguez del Padrón. Sobre la lealtad más que sobre otra virtud se establecen las relaciones entre Ardanlier y Liessa: rompen con la premisa de alejamiento cortesano —por otra parte ninguno de los dos es casado y, cosa rara en el convencionalismo cortés, él es superior en estado a ella— y se lanzan a recorrer las cuatro partes del mundo juntos; en esta vía surgen las pruebas de lealtad; Ardanlier es «requeestado de amor de la Ynfanta Yrena [a la que] con la amorosa vista avia catyvado»; «la lynda hermana del rey de Almaçia e [...] la gentyll Alexandria, hija del grand duque Vitoldo, [quedan] muy enamoradas de Ardanlier»¹². Y cuando Ardanlier se despide por carta de Yrena nos dirá el motivo de su muerte: «los dos partezanos de la vida del plazer devan juntamente moryr e padeçer»¹³ pues aunque «siempre ardy en entrynsenco amor de ty [...] por fuyr de la *deslealtat* debo morir»¹⁴. Rodríguez del Padrón que desea reencarnar a Macías, ser *O Namorado* del siglo XV, se declara de su sangre y heredero de su *lealtad*. Lealtad que ha sido puesta en tela de juicio —y ha permitido estructurar el *Siervo Libre de Amor*— cuando la noble dama, de la que estaba enamorado, se sintió ofendida precisamente por considerarle desleal:

«Cuya noble fama ardiendo en ella mas por la *deslealtat* y seguimiento de aquel que no perdonava a mi el ardor que en todas partes me perseguía; cuyo temor e grand venguença, mezclada con *lealtat* me hizieron retraher al templo de la grand soledat»¹⁵.

Macías, más que su modelo predilecto, como afirma M.^a Rosa Lida¹⁶, es su meta, el ideal hacia el cual tiende. No olvidemos que el Macías literario del siglo XV había sido correspondido: la dama se apea de su

12. *Ibidem*, pp. 55, 56 y 59.

13. *Ibidem*, p. 63.

14. *Ibidem*, p. 63. Cuando Ardanlier cree a su siervo Lamidoras autor de la muerte de Liessa, éste acepta la muerte con que le amenazan como muestra de «*lealtat*, enemiga de tal trayción», p. 61.

15. *Ibidem*, pp. 45-46.

16. LIDA, MARÍA ROSA, *op. cit.*, p. 325.

palafren en agradecimiento ¹⁷. Macías es famoso por leal amador y por sus méritos literarios: quizá todo lo que ambicionaba en este momento Juan Rodríguez.

No se acaban aún las citas de Macías en el *Siervo Libre de Amor*. En una poesía de la última parte se lee:

«No se que postrimeria
ayan buena los mis días,
quando el gentil Maçías
priso muerte por tal via.
Por ende, en rememrança,
cantaré con amargura:
Cuydados y maginança,
catyvo de mi tristura» ¹⁸.

«La usanza provenzal —afirma M.^a Rosa Lida ¹⁹— de insertar al final de cada copla versos ajenos quizá fuese introducida en la lírica galaico-portuguesa por Macías; pues bien [en esta poesía] Juan Rodríguez del Padrón no sólo nombra a Macías, sino que le tributa el doble homenaje de adoptar su práctica y de emplear para ella versos iniciales de sus Cantigas: *Catyvo de mi tristura, ya senora en quien fianza, cuydados e maginança.*»

No cabe duda que Juan Rodríguez logró en gran parte su identificación con Macías. En primer lugar muchos escritores posteriores los creyeron contemporáneos y compañeros en sus aventuras amorosas y literarias ²⁰ cuando en realidad, como vimos, uno pertenece al siglo XIV y otro al XV de forma que nunca pudieron conocerse en vida. Por otro lado gozó —como Macías— de la fama póstuma de buen amador; así nos lo con-

17. MARTÍNEZ-BARBEITO, op. cit., p. 25.

18. RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA, op. cit., p. 79.

19. Op. cit., p. 325.

20. ANTONIO, NICOLÁS, *Bibliotheca Hispánica Vetus*, II, Madrid, 1788, pp. 247 y 315. LARRA, M. J., en *El Doncel de don Enrique el Doliente*, BAE, CXXIX, Madrid, 1960, escribe en la p. 84: «Como dice Rodríguez del Padrón, el trovador gallego, amigo de Macías, ...». Y en su *Macías* (p. 290 del mismo tomo) el protagonista, dirigiéndose a su escudero Fortún, afirma:

No sabe ningún mortal
el fin que le guarda el cielo.
A Rodríguez del Padrón,
mi amigo, mi espada lleva,
y deme la última prueba
de su afecto; mi pasión
le cuenta, y mi fin cruel:
Di que la venganza mía,
mi honor a su brazo fía.
Tal confianza tengo en él.»

firma la *Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón* escrita en la segunda mitad del siglo XVI²¹. En ella se reelaboran, al gusto de la época, las situaciones que el escritor padronés vertió en el *Siervo Libre de Amor*. Como en Macías vida y obra literaria se funden en una nueva personalidad, resultando ya a la posteridad muy difícil el desligarlos. Claro que nadie puede sostener los amores regios de Juan Rodríguez tal como aparecen en la *Vida* —y menos por duplicado—; pero ¿las situaciones amarasas vertidas oscuramente en el *Siervo* se dieron o no realmente con una dama de la corte de Juan II? Me inclino a una respuesta afirmativa, y que, además, Juan Rodríguez es sincero en su admiración por Macías como solución a su conflicto; pero literatura y vida discurren tan unidas que es difícil el separarlas. Creo que el autor del *Siervo* —en la época en que lo escribió— se hubiera sentido dichoso si supiera que en el siglo siguiente se iba a escribir su *Vida* y destacarle como amador. Y que su dicha aumentaría al encontrarse en el *Infierno de Amor* de Garcí Sánchez de Badajoz al lado de Macías:

«Vi tambien a Juan Rodriguez
del Padrón dezir penado:
Amor, por que me persigues?
no basta ser desterrado,
aun ell alcance me sigues?
Este estaua un poco atras,
pero no mucho compas
de Maçías padesciendo,
su misma canción diziendo:
Biue leda si podras,
*y no penes atendiendo»*²².

21. Publicada en 1837 por el Marqués de Pidal en la *Revista de Madrid*, II, 1839, pp. 15-31. Reproducida en la edición de Paz y Meliá, pp. 370-382.

22. SÁNCHEZ DE BADAJOZ, GARCÍA, *Infierno de amor, Cancionero castellano del siglo XV*, II, BAE, Madrid, 1915, p. 632.

